



PONTIFICIUM CONSILIUM
« COR UNUM »

Jubileo de la Misericordia – Cuaresma 2016
Caritas Christi urget nos
Jornada de retiro espiritual para cuantos trabajan
en el servicio de caridad de la Iglesia
promovida por el Consejo Pontificio *Cor Unum*

El Jubileo es una ocasión de encuentro con Dios, para servir mejor a los hermanos. Conocer la misericordia de Dios significa llegar a ser misericordiosos con nuestros hermanos, en el espíritu de las obras de misericordia corporales y espirituales. Esto puede ayudar en el combate contra la mundanidad espiritual en la Iglesia, a la cual tantas veces el papa Francisco nos pide que estemos atentos.

Para hacer experiencia —también en nuestros lugares de servicio— de la gracia del Jubileo. El papa Francisco encargó al Consejo Pontificio *Cor Unum*, que sigue a nivel universal el servicio de caridad de la Iglesia, proponer a todos aquellos que trabajan en diversas formas en la actividad de caridad de la Iglesia una jornada de retiro espiritual en el tiempo de Cuaresma que tuviese por tema: *Caritas Christi urget nos*.

La jornada, en la medida de lo posible, debería celebrarse localmente, en el seno de cada grupo, porque la voluntad del Santo Padre es que el Jubileo se celebre principalmente *in loco*. No se ha fijado un día único para toda la Iglesia universal, a fin de permitir que cada organismo, o grupo, o institución de caridad, pueda realizarlo con gran libertad, según sus propias exigencias. Para ayudar en la preparación, a continuación presentamos una propuesta básica, que se podrá adaptar después, pero que sustancialmente es conmemorativo-litúrgica, para favorecer el encuentro personal con el Señor. Se puede integrar con el paso por la Puerta Santa del Jubileo establecida localmente.

Se sugiere articular la jornada en tres momentos: una celebración penitencial con confesiones individuales, un momento en grupo para compartir experiencias y la celebración eucarística.

Para la celebración penitencial se ha preparado un esquema que prevé una introducción, dos lecturas intercaladas por un salmo, un esquema de catequesis para preparar las confesiones, las confesiones mismas, preferiblemente durante la celebración para indicar la dimensión comunitaria de nuestro camino de fe.

Para el momento en grupo en el cual compartir experiencias, se proponen algunas preguntas a fin de ayudar a entablar un diálogo acerca de cuanto se vive en el propio servicio, tanto en el empeño personal como en la experiencia con los demás.

Para la celebración eucarística se puede aplicar el formulario “Para pedir la caridad”, que se podrá utilizar, de acuerdo con el respectivo Obispo, en los días feriales, pero no en los domingos y solemnidades y en los días del lunes al miércoles de la Semana Santa, ateniéndose a las normas litúrgicas (cfr. *Institutio Generalis Missali Romani*, 374). En cambio, en Cuaresma sería bueno mantener las lecturas del día, para seguir el espíritu del tiempo litúrgico.

En el material propuesto se encuentra la oración del papa Francisco para el Jubileo y una lista de las obras de misericordia corporales y espirituales, en las cuales se inspira la jornada de retiro.

Además, se proporciona un póster que representa a Jesús el Buen Pastor y las obras de misericordia. Se podrá utilizar adaptándolo a la lengua y las iniciativas locales.

Para más información pueden dirigirse directamente al Consejo Pontificio *Cor Unum* (corunum@corunum.va; cath-aid@corunum.va).

MATERIAL PARA LA ANIMACIÓN



©Biblioteca Apostolica Vaticana

Introducción a la jornada

Los organismos que expresan la diaconía de la caridad en la Iglesia participan de modo particular en la celebración del Año Santo de la Misericordia, porque nuestro servicio es la expresión concreta, física, directa de la misericordia con el cual el Señor —que se hace presente en la historia del mundo también a través de nuestras personas y nuestras obras— busca, ama y sirve a los hombres.

Sin duda, es una gracia poder reflexionar sobre el don que recibimos continuamente —ser amados y poder amar— para no acostumbrarse a éste y reducirlo así a las dimensiones de nuestro corazón. «Dios es mayor que nuestro corazón» (1 Jn 3, 20) y su gracia actúa en nosotros para dilatarlo, fortalecerlo y hacerlo carne de nuestra carne: por eso gesto concreto, don cotidiano, pan que nos alimenta y que ofrecemos cada día.

El Jubileo era «como un sábado de completo descanso para la tierra» (cfr. Lev 25,4).

La tierra que descansa en el tiempo del Jubileo nos sugiere dos cosas:

- que el Jubileo es una ocasión para hacer un poco de discernimiento entre lo que hacemos por el Reino y aquello de lo que podemos prescindir. Demasiado a menudo consideramos que todo es igualmente importante, y nos afanamos por cosas buenas pero para nada relevantes;
- que también nuestra acción por el Reino debemos abandonarla serenamente en manos de Dios, debemos actuar con empeño pero sin miedos o afanes, o corriendo rabiosamente detrás del tiempo que nunca es suficiente.

En este tiempo de oración y encuentro con el Señor querríamos tratar de dejar que nuestro corazón descanse un poco, comprendiendo de nuevo a la luz de su misericordia, o sea de su amor y su gracia, el terreno que ha confiado a nuestro trabajo.

El campesino, con todo lo que hace, sabe que quien hace crecer es el Señor (cfr. *1 Cor 3,6ss*): esta actitud de abandono confiado se convierte en anuncio y en un testimonio de que el don de la misericordia precede y sostiene nuestro servicio.

El Jubileo celebra una misericordia que no se cansa, que busca siempre nuevas vías y nuevos signos para manifestarse, que va a buscar a quien piensa que no tiene necesidad, o que no es digno. Nosotros somos los servidores de un Dios que está a la obra para dar dignidad a quien la ha perdido, para socorrer a quien lo necesita, para hacernos capaces de amar curando los corazones rotos y endurecidos. La memoria de la misericordia del Señor, que en esta ocasión queremos renovar, permite que nuestro corazón descanse. Nos recuerda, en efecto, que Dios sigue mirándonos y amándonos a pesar de los pecados de los hombres, y los nuestros. Nos recuerda que, aunque nuestro campo esté devastado, Él todavía puede hacer crecer el grano bueno, y que desea intensamente hacerlo. Nos hace, a su vez, misericordiosos.

A menudo somos ásperos en nuestras relaciones, severos en nuestros juicios, carentes de esperanza en nuestras valoraciones. Arrastramos, a veces, rencores explícitos o inexpresados y, sin embargo, profundos: una extraña contradicción respecto a la palabra de paz y perdón que tan a menudo pronunciamos.

El Jubileo es la ocasión para una recomposición silenciosa y profunda de la unidad interior, para liberarnos de las hostilidades más o menos camufladas que tenemos dentro, para sentirnos pacificados porque somos profundamente amados por un Amor que es mayor que cualquier desilusión, envidia, frustración o injusticia que creamos que hemos sufrido.

El corazón descansa y se dilata: dejándose amar y perdonar llega a ser capaz de perdón. Somos magnánimos y, por eso, nos sentimos serenos.

El descanso del corazón tiene lugar, sí, tratando de ser activos, pero menos protagonistas, porque más capaces de dejar que Dios actúe, de discernir, descubrir, contemplar lo que Él hace antes que nosotros y a veces sin nosotros.

Querríamos seguir llevando a cabo nuestro servicio con empeño, pero tratando de ver más claramente que somos un pequeño, pequeñísimo signo de un amor y una actividad mucho más grande, que obra en Cristo y ha obrado en millones de personas, en centenares de pueblos, como presencia de un amor todavía mayor.

Pidamos la gracia de que este tiempo de retiro y oración contribuya a liberarnos el corazón y la mente de mezquindades, escorias de rencores, desquites, divisiones, y a darnos una mayor capacidad de ver la obra del Espíritu en las cosas grandes y pequeñas, en nuestro prójimo y especialmente en los pequeños y en la santidad sencilla, popular, silenciosa de la que estamos rodeados cada vez que servimos a los pobres.

I. Momento: la liturgia penitencial

Textos para las lecturas

De la segunda carta de san Pablo Apóstol a los Corintios (5,14-21)
El amor de Cristo nos posee

¹⁴ Hermanos, nos apremia el amor de Cristo al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron. ¹⁵ Y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos. ¹⁶ De modo que nosotros desde ahora no conocemos a nadie según la carne; si alguna vez conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así. ¹⁷ Por tanto, si alguno está en Cristo, es una criatura nueva. Lo viejo ha pasado, ha comenzado lo nuevo.

¹⁸ Todo procede de Dios, que nos reconcilió consigo por medio de Cristo y que nos encargó el ministerio de la reconciliación. ¹⁹ Porque Dios mismo estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo, sin pedirles cuenta de sus pecados, y ha puesto en nosotros el mensaje de la reconciliación.

²⁰ Por eso, nosotros actuamos como enviados de Cristo, y es como si Dios mismo exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios. ²¹ Al que no conocía el pecado, Dio lo hizo pecado en favor nuestro, para que nosotros llegáramos a ser justicia de Dios.

Salmo 102 (103)

R) Dios ama y perdona

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios.

Él perdona todas tus culpas,
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa,
y te colma de gracia y de ternura;
él sacia de bienes tus días,
y como un águila se renueva tu juventud.

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia.
No está siempre acusando
ni guardando rencor perpetuo;
no nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas.

Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre los que lo temen;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.
Como un padre siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por los que lo temen.

Del Evangelio según san Mateo (25, 31-46)

Lo hicisteis conmigo

En aquel tiempo, Jesús dijo: ³¹«Cuando venga en su gloria el Hijo del hombre, y todos los ángeles con él, se sentará en el trono de su gloria ³² y serán reunidas ante él todas las naciones. Él separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de las cabras, ³³ y pondrá las ovejas a su derecha y las cabras a su izquierda. ³⁴ Entonces dirá el rey a los de su derecha: «Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo, ³⁵ porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, ³⁶ estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme». ³⁷ Entonces los justos contestarán: «Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te alimentamos, o con sed y te dimos de beber? ³⁸ ¿Cuándo te vimos forastero y te hospedamos, o desnudo y te vestimos? ³⁹ ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y fuimos a verte?». ⁴⁰ Y el rey les dirá: «En verdad os digo que cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis». ⁴¹ Entonces dirá a los de su izquierda: «Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. ⁴² Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber, ⁴³ fui forastero y no me hospedasteis, estuve desnudo y no me vestisteis, enfermo y en la cárcel y no me visitasteis». ⁴⁴ Entonces también ellos contestarán: «Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o forastero o desnudo o enfermo o en la cárcel, y no te asistimos?». ⁴⁵ Él les replicará: «En verdad os digo: lo que no hicisteis con uno de estos, los más pequeños, tampoco lo hicisteis conmigo». ⁴⁶ Y estos irán al castigo eterno y los justos a la vida eterna».

Posibles puntos de reflexión

Como nos sugiere san Pablo, no sólo el servicio de la caridad, sino toda nuestra existencia toma forma con la muerte de Cristo, que murió para que ya no vivamos para nosotros mismos, sino para aquel que murió y resucitó por nosotros. La misericordia se manifiesta como don y sacrificio de uno mismo para que otros tengan vida, al igual que fue para Cristo. Dios es en sí mismo este don inagotable de sí que genera continuamente vida: por esto la Escritura puede afirmar que Él «es amor» (1 Jn 4,8).

El Antiguo Testamento utiliza dos palabras para expresar la misericordia de Dios. La primera es *□esed*, es decir, una ternura tejida de fidelidad, que se manifiesta en los acontecimientos que Dios gobierna, y en concreto en la acción con la cual suscita y lleva adelante la historia, por tanto en la creación, en la liberación, en su manifestarse como providencia (cfr. *Sal* 136,1.5-7.10-12.25-26).

La otra palabra es el verbo *Ra□am* (a su vez del término *Re□em*, que corresponde al órgano capaz de gestar la vida, el *útero*: cfr. *Éx* 34, 5-7). Este término enlaza la obra de Dios con las entrañas, el lugar en el cual se entretajan el cuerpo y la vida del ser humano. En este sentido hay que comprender la misericordia como una actividad regeneradora, que recrea.

La gracia de vivir de esta misericordia radica en que nos rehace nuevos continuamente, somos regenerados: como anuncia Pablo, lo viejo ha pasado, nace lo nuevo.

La misericordia —ofrecida y recibida— no lo deja todo como antes, sino que lo renueva todo. El Apóstol llama esta relación siempre nueva entre nosotros y Dios "reconciliación". No hay ninguna realidad de nuestra vida que no quede transformada cuando se vive con el Señor. La gracia del Año Santo consiste en la posible novedad de una reconciliación, sostenida por la acción misericordiosa de Dios, que llega a todos los ámbitos de nuestra existencia, tanto interiores como exteriores, las relaciones concretas con nuestros familiares, con nuestra comunidad, con los pobres en el cuerpo y

en el espíritu, con las injusticias sufridas (que hay que perdonar) o infligidas (por las cuales hay que pedir perdón), con aquellos de quienes cotidianamente somos el prójimo.

«Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien. Los creyentes también corren ese riesgo, cierto y permanente. Muchos caen en él y se convierten en seres resentidos, quejosos, sin vida. Esa no es la opción de una vida digna y plena, ese no es el deseo de Dios para nosotros, esa no es la vida en el Espíritu que brota del corazón de Cristo resucitado» (*Evangelii gaudium*, n. 2).

Ante el riesgo de reducir la misericordia a un sentimiento, bello y noble, pero en cualquier caso inmaterial e interior, somos invitados a convertirnos en la misericordia auténtica, para generar o regenerar continuamente la vida. El acto divino de crear —por amor— de la nada se refleja y en cierto sentido se prolonga en las obras de la misericordia de las que habla Jesús en el Evangelio. Además del sentimiento de acogida o de compasión interior, se trata sobre todo de dejarnos formar el corazón, realizando las acciones que en los Evangelios vemos como efectos de la compasión de Jesús (*Mt* 9,36ss; 14,14; 15,32; *Mc* 1,41; *Lc* 7,13ss).

Podemos pues aprovechar de este Año Santo para reconciliarnos con Cristo, dejándole de nuevo espacio en nuestra existencia, mendigando la gracia de su misericordia, dejando que actúe como fuente de una novedad.

Gracias a su resurrección, Jesús no es un acontecimiento del pasado, sino nuestro contemporáneo, presente aquí y ahora en su humanidad concreta, que Él mismo enseñó que se podía reconocer en «sus hermanos más pequeños» (*Mt* 25,40.45). Esta expresión designa ante todo a la Iglesia —que es su cuerpo misterioso— pero también a los pobres, a quienquiera que se encuentre en situación de necesidad y, más en general, a aquellos de quienes somos prójimos. ¿De quién somos llamados a ser prójimos hoy?

El Papa en el mensaje para la Cuaresma de este año, citando la Bula *Misericordiae Vultus*, dice: las obras de misericordia «nos recuerdan que nuestra fe se traduce en gestos concretos y cotidianos, destinados a ayudar a nuestro prójimo en el cuerpo y en el espíritu, y sobre los que seremos juzgados: nutrirlo, visitarlo, consolarlo y educarlo. [...] En el pobre, en efecto, la carne de Cristo se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga... para que nosotros lo reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado» (n. 3). Sólo actuando en el amor podemos conocer la verdad de Dios: «todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios, porque Dios es amor» (*I Jn* 4,7.8). «Es el amor, que no sólo crea el bien, sino que hace participar en la vida misma de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. En efecto el que ama desea darse a sí mismo» (*Dives in Misericordia*, 7). El pasaje del Evangelio según san Mateo, que es el texto de inspiración para las obras de misericordia, es pues una referencia clara para nuestro examen de conciencia y para nuestra conversión: si hemos reconocido y amado a Cristo en el hermano necesitado.

Es importante que nuestras obras de misericordia corporales y espirituales expresen claramente la dimensión de esperanza que entrañan y la consistencia de fe que las sostiene. En el amor trinitario tienen su propia estructura originaria y en la donación total de Cristo su fuente y modelo.

Sin esta iluminación, las obras de misericordia sólo sostendrían un caminar incierto, no nos abrirían a acoger el don de convertirnos en criaturas nuevas: serían consolación pasajera y no profecía de sentido.



II. Momento: compartir

Preguntas para el trabajo en grupo

1. ¿Cómo podemos ayudarnos a identificar y conocer los aspectos esenciales del misterio de la caridad de Cristo y de su muerte que nos regenera a una vida nueva, capaz de acoger y de dar misericordia, desafiando el miedo a la muerte?
2. ¿Cuáles son los mayores obstáculos que experimentamos a la hora de convertirnos a la medida de caridad que contemplamos en Jesucristo? ¿Qué temores frenan nuestro don?
3. ¿Qué obra de misericordia, espiritual o corporal, encuentra más resistencia en nosotros o menos disponibilidad frente a las urgencias que encontramos?
4. ¿Qué reconciliación, necesaria para nuestra vida en Cristo, no dejamos que acontezca o incluso obstaculizamos?
5. ¿Cómo renovar nuestro ministerio de caridad a la luz de la misericordia de Cristo, unidad viva de verdad y caridad?

III. Momento: la celebración eucarística

Santa Misa

[Donde sea posible y oportuno, se celebre la Eucaristía en una de las iglesias donde está presente la Puerta santa jubilar, procediendo antes de la celebración al paso procesional a través de la Puerta misma. Las lecturas son del día, la eucología —donde no esté prescrito de otro modo— es la “Para pedir la virtud de la caridad”]

PARA PEDIR LA VIRTUD DE LA CARIDAD

Antífona de entrada

«Arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra
y os daré un corazón de carne.

Os infundiré mi espíritu,
vosotros seréis mi pueblo

y yo seré vuestro Dios». *Ez 36, 26-28*

Colecta

Inflama, Señor, nuestros corazones
con el Espíritu de tu amor,
para que podamos pensar siempre lo que es digno y agradable a tus ojos
y amarte sinceramente en los hermanos.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo,
y es Dios, por los siglos de los siglos.

En las ofrendas

Santifica, Señor, con tu bondad estos dones,
acepta la ofrenda de este sacrificio espiritual,
y a nosotros transfórmanos
en oblación perenne.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Antífona a la comunión

Quedan tres cosas:
la fe, la esperanza y la caridad;
la más grande es la caridad. *1Cor 13, 13*

Después de la comunión

O Dios, que nos alimentas con el único pan de vida,
danos tu Espíritu,
para que gocemos siempre de la alegría de la caridad perfecta.
Por Jesucristo nuestro Señor.

Oración del Papa Francisco para el Jubileo

*Señor Jesucristo,
tú nos has enseñado a ser misericordiosos como el
Padre del cielo,
y nos has dicho que quien te ve, lo ve también a Él.
Muéstranos tu rostro y obtendremos la salvación.
Tu mirada llena de amor liberó a Zaqueo y a Mateo de
la esclavitud del dinero;
a la adúltera y a la Magdalena de buscar la felicidad
sólo en una creatura;
hizo llorar a Pedro luego de la traición,
y aseguró el Paraíso al ladrón arrepentido.
Haz que cada uno de nosotros escuche como propia la
palabra que dijiste a la samaritana:
¡Si conocieras el don de Dios!*



*Tú eres el rostro visible del Padre invisible,
del Dios que manifiesta su omnipotencia sobre todo con el perdón y la misericordia:
haz que, en el mundo, la Iglesia sea el rostro visible de Ti, su Señor, resucitado y glorioso.
Tú has querido que también tus ministros fueran revestidos de debilidad
para que sientan sincera compasión por los que se encuentran en la ignorancia o en el error:
haz que quien se acerque a uno de ellos se sienta esperado, amado y perdonado por Dios.*

*Manda tu Espíritu y conságranos a todos con su unción
para que el Jubileo de la Misericordia sea un año de gracia del Señor
y tu Iglesia pueda, con renovado entusiasmo, llevar la Buena Nueva a los pobres
proclamar la libertad a los prisioneros y oprimidos
y restituir la vista a los ciegos.
Te lo pedimos por intercesión de María, Madre de la Misericordia,
a ti que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.*

Amén.

Las obras de misericordia

“Las obras de misericordia son acciones caritativas mediante las cuales ayudamos a nuestro prójimo en sus necesidades corporales y espirituales.

Instruir, aconsejar, consolar, confortar, son obras espirituales de misericordia, como también lo son perdonar y sufrir con paciencia.

Las obras de misericordia corporales consisten especialmente en dar de comer al hambriento, dar techo a quien no lo tiene, vestir al desnudo, visitar a los enfermos y a los presos, enterrar a los muertos”.

(CCC n. 2447).



LAS SIETE OBRAS DE MISERICORDIA CORPORALES

1. Dar de comer al hambriento.
2. Dar de beber al sediento.
3. Vestir al desnudo.
4. Dar posada al peregrino.
5. Visitar y cuidar a los enfermos.
6. Redimir al cautivo.
7. Enterrar a los muertos.

LAS SIETE OBRAS DE MISERICORDIA ESPIRITUALES

1. Dar buen consejo al que lo necesita.
2. Enseñar al que no sabe.
3. Corregir al que yerra.
4. Consolar al triste.
5. Perdonar las injurias.
6. Sufrir con paciencia los defectos de los demás.
7. Rogar a Dios por vivos y difuntos.